



Fedra o la desesperanza

Fedra llevó a cabo todo. Abandona a su madre en manos del toro, a su hermana en las de la soledad: estas formas de amor no le interesan. Abandona su país como quien renuncia a sus sueños; reniega de su familia como quien cambalachea sus recuerdos. En ese medio donde la inocencia es un crimen, asiste con disgusto a lo que terminará por ser ella misma. Su destino, visto desde fuera, le da horror: sólo lo conoce en forma de inscripciones sobre la muralla del Laberinto: se arranca, a través de la huida, a su espantoso futuro. Se casa distraídamente con Teseo, así como Santa María Egipciaca pagaba con su cuerpo el precio de su pasaje; deja que se hundan hacia el Oeste, en una niebla de fábula, los mataderos de esa especie de América cretense. Desembarca, impregnada del olor a rancho y a pescados de Haití, sin imaginar que lleva consigo la lepra contraída bajo un tórrido trópico del corazón. Su estupor a la vista de Hipólito es el de una viajera que se encuentra con que ha desandado el camino sin percatarse: el perfil de ese niño le recuerda a Cnosos, y el hacha de dos filos. Lo detesta, lo educa; él crece contra ella, rechazado por su odio, habituado en todo momento a desconfiar de las mujeres, forzado desde el colegio, desde las vacaciones de Año Nuevo, a saltar los obstáculos que levanta a su alrededor la enemistad de una madrastra. Ella está celosa de sus flechas, es decir de sus víctimas; de sus compañeros, es decir de su soledad. En esa selva virgen que es el lugar de Hipólito, ella planta, casi sin darse cuenta, los postes indicadores del palacio de Minos: traza a través de esas malezas el camino en línea recta de la Fatalidad. A cada instante ella crea a Hipólito; su amor es realmente un incesto; no puede matar a ese niño sin cometer una especie de infanticidio. Ella fabrica su belleza, su castidad, sus debilidades; los extrae del fondo de sí misma; aísla de él esa detestable pureza para poder odiarla bajo el aspecto de una virgen sosa: forja de pies a cabeza a la inexistente Aricia. Se embriaga con el gusto de lo imposible, el único alcohol que siempre está en la base de todos los compuestos de la desgracia. En el lecho de Teseo, tiene el amargo placer de engañar de hecho al que



ama, y con la imaginación al que no ama. Ella es madre: tiene hijos como tendría remordimientos. Entre las húmedas sábanas de afiebrada, se consuela con ayuda de susurros de confesión que se remontan a las confidencias balbucidas en la infancia al cuello de la nodriza; amamanta su desgracia, se convierte finalmente en la miserable sirviente de Fedra. Ante la frialdad de Hipólito, ella imita al sol cuando se le atraviesa un cristal: se convierte en espectro; habita su cuerpo como si habitara su propio infierno. Reconstruye en el fondo de sí misma un Laberinto donde sólo va a reencontrarse: el hilo de Ariadna no le permite salir pues se lo ha embobinado al corazón. Enviudece; ya puede llorar sin que le pregunten por qué; pero el negro no le sienta a esta sombría figura: detesta ese duelo que engaña a su dolor. Desembarazada de Teseo, lleva su



esperanza como una vergonzosa preñez póstuma. Se ocupa de política para distraerse de sí misma: acepta la Regencia como si empezara a tejerse una estola. El retorno de Teseo se produce demasiado tarde para devolverla al mundo de las fórmulas en que se mueve este hombre de Estado; ella sólo puede volver a él por la pendiente de un subterfugio: se inventa, gozo tras gozo, la violación de la que acusa a Hipólito, de manera que la sacia su mentira. Dice verdad: ha sufrido los peores ultrajes; su impostura es una traducción. Toma veneno pues ya está inmunizada contra sí misma; la desaparición de Hipólito hace el vacío alrededor de ella; aspirada por ese vacío, se abisma en la muerte. Se confiesa antes de morir para tener una última vez el placer de hablar de su crimen. Sin cambiar de lugar, vuelve a encontrarse en ese palacio familiar donde la falta es la inocencia. Empujada por la barahunda de sus ancestros, se escurre por esos corredores de metro, llenos de un olor a bestia, donde las ramas hienden el agua espesa de la Estigia y las resplandecientes vías no proponen sino el suicidio o la partida. En el fondo de las galerías de mina de su Creta subterránea, terminará sin duda por encontrar al joven desfigurado por sus mordiscos de fiera, puesto que tiene ante ella todos los recovecos de la eternidad para alcanzarlo. No lo ha vuelto a ver después de la gran escena del tercer acto¹; a causa de él ella ha muerto; ha causa de ella él no ha vivido; él sólo le debe la muerte; ella le debe los sobresaltos de una inextinguible agonía. Ella tiene derecho de hacerlo responsable de su crimen, de su sospechosa inmortalidad en los labios de poetas que se servirán de ella para expresar sus aspiraciones al incesto, como el conductor que yace en el camino con el cráneo roto puede acusar al árbol contra el que ha ido a estrellarse. Como toda víctima, él fue su verdugo. Palabras definitivas saldrán por fin de sus labios que ya la esperanza no hace temblar. ¿Qué es lo que dirá? Sin duda, gracias.

[De *Feux*. Traducción de Esther Seligson]

¹ El autor se refiere a la obra de teatro de Jean Racine.